

Refugios atómicos

Para mí una biblioteca es como para un creyente una iglesia. En medio del tráfico, el ruido y el estrés de la ciudad, la biblioteca es un lugar donde se hace el silencio, hay una atmósfera de recogimiento, la gente se sienta y lee un periódico o un libro, estudia, lleva a sus hijos a un cuentacuentos...

El otro día entré en una pequeña biblioteca de barrio y, en una zona de sillas cómodas y

mesas bajas, había un señor que se había quedado frito. Me pareció maravilloso. ¿Dónde puede uno encontrar en un lugar público la paz suficiente para quedarse traspuesto y dormir un rato?

Pones un pie en la calle y tu única opción para no estar a la intemperie es ir a un edificio administrativo a arreglar papeleos y ejercer como súbdito o meterte en una tienda o un bar y convertirte en consumidor; en un bi-

lioteca puedes todavía ser un ciudadano: leer, informarte, formarte, pensar, incluso echar una cabezada. ¿Bibliotecas? Sí, gracias.

Antonio Iturbe

Escritor y director de 'Librújula'



Nació en Zaragoza en 1956. Trabaja en el Registro de la Propiedad. Se siente aragonés por los cuatro costados, asume aquello de «Todo por Aragón y para Aragón», posee una rica biblioteca de poesía, historia, Aragón y revistas. Es autor de más de media docena de libros, entre ellos sus memorias: 'Leer para contarlo', que reedita Xordica

500

guardar, pongamos, la literatura italiana, sabe que tiene que empezar a preocuparse. Melero ya superó ese momento, pero lo hizo con suerte, cuando en el piso de debajo de su casa quedó libre un estudio donde ahora respira la literatura más actual, el teatro (la sección a la que tiene hoy menos apego), algo de historia y la hemeroteca. Y esto de las revistas es el santo y seña del verdadero coleccionista de libros, pues no cabe ninguna duda de que quien cree que es absurdo e incluso inhumano ocupar toda una estantería con la 'Revista de Occidente' cuando se puede tener completa en un cedé tiene toda la razón, pero, ay, no tiene corazón.

«La biblioteca más fichada»

Melero, por supuesto, sabe dónde tiene cada libro, infaliblemente, lo cual no quiere decir que esté exactamente ordenada. Los demás tendríamos problemas para orientarnos por esos pasillos y estanterías discontinuas, o para encontrar determinado volumen o a tal o cual autor si nos desafiase a ello en una especie de gymkana ilustrada. Pero, si no es la más ordenada, a su dueño y domador le complace decir que es la mejor fichada, pues, en efecto, a cada uno de esos miles de volúmenes le corresponde una tarjeta de, escrita con su primorosa caligrafía, guarda en un increíble archivo creciente. Se ha dicho muchas veces que los bibliófilos leen poco. En el caso de Melero no es verdad, pero qué sabíamos si invirtiésemos en leer el tiempo que gastamos en reordenar, trastear y fichar libros.

De hecho, Melero tiene una respuesta preciosa para esa pregunta que jamás, bajo ningún concepto, hay que lanzar a un bibliófilo. Él contesta que no, pero que no hay un solo ejemplar en su casa al que no le haya dedicado, al menos, media hora. Si ha estado en sus manos esos treinta minutos mínimos, entonces ya tiene derecho a ser fichado y quedarse a vivir allí para siempre. ¿Para siempre? Pero... ¿y después...? Ésa es la otra pregunta que de ninguna manera se le puede hacer a nadie.

Libros sobre Aragón, libros de memorias, libros sobre libros, poesía o lo que Darío Jaramillo llamaría «egoteca» (esto es, esa balda donde se guardan los propios libros, o aquellos volúmenes colectivos donde se ha colocado alguna colaboración)... Si uno va recorriendo habitaciones y pien-



José Luis Melero, acaso el bibliófilo de Aragón, viste los libros y los acompaña de leves tesoros. OLIVER DUCH



Del raro y sablista Gálvez. O. DUCH



Retrato de Latassa y de 'Biblioteca de Autores Aragoneses'. OLIVER DUCH

El bibliófilo dice que no hay un solo ejemplar en las dos casas de sus libros al que no le haya dedicado, al menos, media hora

sa en lo de la media hora, sabiendo además que a la mayoría de esos lomos le ha dedicado mucho más tiempo, entra un poco de vértigo, y le ocurre incluso a alguien que prácticamente no ha hecho con su vida otra cosa que leer.

Hallazgos inesperados

Y hablando de eso (y por poner un solo ejemplo de los tesoros especiales de esta biblioteca), uno dedicó las mejores horas de los mejores años de su cancelada juventud a estudiar a Luys Santa Marina, y lo hizo sin enterarse hasta muy tarde de que la carpeta azul donde aquel escritor guardaba y fechaba a mano sus

artículos periodísticos estaba, sí, en manos de José Luis Melero, que la encontró en los Encants de Barcelona.

Toda biblioteca es un aleph, en el sentido de que aspira a recoger y resumir el mundo (resumirlo por completo, si se me admite la paradoja), y también es algo así como una enciclopedia personal e irregular de miles de tomos, y por tanto una suerte de biografía particular de quien la reúne. Toda biblioteca, así, es un acto de amor.

Y toda biblioteca tiene un cuerpo muy visible y, si resultase además que tiene alma, la de José Luis Melero se salvará.

JUAN MARQUÉS

PASIONES PRIVADAS

1. De entre todos los que posee, el libro que más ama José Luis Melero son en realidad ocho: los que componen la 'Biblioteca de Autores Aragoneses' de Félix Latassa (los dos tomos que recogen la bibliografía hasta 1500 y los seis que van desde entonces hasta 1802). Se la compró a un librero barcelonés tras muchos meses de angustiosas negociaciones y regateos, y había pertenecido al ilustre abogado zaragozano Savall, aquel que, junto a Penén, compiló los Fueros de Aragón.

2. Melero se declara gozosamente «especialista en raros», pero el raro más raro entre todos sus raros es uno de los 34 ejemplares que se imprimieron del poemario 'Fonds Perdu', que el músico y poeta de Mequinenza José Soler Casabón, «muy importante y muy desconocido», escribió en francés y publicó en 1939, nada más salir del campo de concentración de Argèles. Quien quiera saber más sobre este hallazgo, que busque en 'La vida de los libros' (Xordica), página 85.

3. Estuvo décadas tras la primera edición del 'Pedro Saputo' (ver 'Escritores y escrituras', pág. 83), pero a Melero le pierden los libros dedicados, y anhelaba tener algún libro con la firma manuscrita de Jorge Luis Borges. Cada uno tiene sus perversiones, es decir sus ficciones, sus inquisiciones... Estuvo a punto de que el argentino le dedicase en Madrid un ejemplar, pero no pudo ser, y sólo hace pocos meses (lo contó en una columna de 'Artes & Letras'), un escritor amigo le regaló en un gesto de generosidad casi inverosímil un libro anotado y rubricado por aquel bonaerense, que tanto escribió sobre libros singulares y sucesos extraordinarios.

4. De todas las baldas de su saltarina biblioteca, la que más cuida Melero es una vitrina donde custodia las primeras ediciones de muchos de los libros de poesía española más importantes del siglo XX. Es también allí donde coloca fotos en las que se le ve junto a sus amigos y maes-